

V. Blasco Ibáñez
La isla de los pingüinos, nuevo libro de A. France
(*El Imparcial* [México], 23-12-1908; *La Patria* [México], 24-8-1909)

Yo adoro a Anatolio France por encima de todos los escritores contemporáneos. Su libro *El jardín de Epicuro* es para mí lo que la Biblia para los protestantes devotos. Me acompaña a todas partes, y cuando mi alma está ansiosa de reposo o de consuelo, lo abro al azar y me deleito en su serena filosofía, paradójica y finamente escéptica.

Anatolio France acaba de publicar *La isla de los pingüinos*. En una Europa organizada sabiamente para el arte y la filosofía, como lo estaba la minúscula e inmortal Atenas, modelo de pueblos, la publicación de este libro hubiera sido un gran acontecimiento. Pero el Viejo Mundo se siente preocupado actualmente por la cuestión de los Balcanes, las máquinas de volar y las imprudencias del káiser, y del libro solo se han enterado unos cuantos miles de lectores que siguen con atención las creaciones del pensamiento humano. Anatolio France es demasiado profundo para apasionar a las muchedumbres y conseguir la gloria popular.

¿Quiénes son los pingüinos?... Unos pájaros boreales que viven en los hielos del Polo y que el más grande de los humanistas escoge como héroe de su libro.

San Maël es un santo varón de Dios, un catequista de los tiempos heroicos del cristianismo, que navega en una barca de piedra por todos los mares, buscando almas que redimir. La barca de piedra que flota y navega por un poder misterioso no arranca la más leve sonrisa al incrédulo France. El prodigio nada tiene de extraordinario, y el escritor cita pacientemente a todos los santos que, según los relatos bíblicos, navegan embarcados en rocas, y hasta en morteros de cocina, para cumplir los designios de Dios.

Octogenario y algo enfermo de la vista, el buen San Maël, al desembarcar en una isla del Polo, toma a los pingüinos por hombres, arenga al venerable ganado, que contesta con graznidos a sus predicaciones en favor del cristianismo, los bautiza en masa, y Dios, para no dejar en situación ridícula al buen apóstol y remediar su equivocación, convierte a los pájaros en seres humanos. Lo más difícil ya está hecho. San Maël, no queriendo dejar a sus catecúmenos en las regiones glaciales, ata una cinta al pico más alto de la isla, se embarca en un pedrusco hueco, y tira que tira, con la ayuda de Dios, no se detiene hasta dejar este pedazo de tierra adherido a las antiguas costas de Francia. Tampoco tiene esto nada de extraordinario. Las leyendas de los primitivos santos ofrecen sucesos mucho más interesantes.

La ironía, suave y demoledora del académico francés, comparable con un explosivo mil veces más potente que la dinamita, pero sin llama, sin humo y sin ruido, esparce por la nueva tierra, contando su desarrollo y sus progresos.

San Maël vive entre sus fieles, desnudos y puros, en una calma paradisíaca, predicando las verdades eternas y alabando a Dios. El pecado es desconocido; los pingüinos viven en la santa sencillez de los animales. Pero el demonio, que no descansa para nuestra perdición, toma la forma de un monje compañero del santo, y le sugiere la idea de vestir a los pingüinos.

Pasa ante ellos una muchacha de la tribu. Es joven, pero nadie la mira. Se pasea indolentemente con un dedo en la nariz, y rascándose la espalda con la otra mano. Es estrecha de hombros, con los pechos caídos, el vientre demasiado abultado y las piernas cortas. Los pies anchos y rugosos se agarran a las peñas con cuatro dedos ganchudos, mientras los pulgares se alzan como las cabezas de dos serpientes irritadas. Avanza; todos los músculos coadyuvan a este trabajo, y el conjunto ofrece la imagen de una máquina de andar, más bien que de una máquina de amor.

—Ahora veréis, apóstol venerable, lo que yo hago —dice el monje tentador.

Y agarrando a la pingüina a viva fuerza, como si cazase a un animal tímido, mientras esta suplica y llora, le mete los pies en unas botas, explicando su obra. Así, los pies resultan más pequeños, y las suelas y tacones aumentan la longitud de las piernas, dando elegancia a la figura. La pingüina deja de llorar para contemplarse satisfecha. Luego el tentador envuelve su vientre y su busto en una faja de lino, para que su pecho presente una arrogancia nueva, y sus muslos una curva incitante.

—¿Puede ajustarse más aún? —pregunta la salvaje sonriendo.

Después la cubre con una túnica de color de rosa, que acusa suavemente las líneas, y al preguntarle San Maël si no es demasiado largo el traje, responde ella que no, pues se lo recogerá hábilmente. Nadie le ha enseñado este arte, pero la pingüina se coge con la mano izquierda la parte posterior del vestido, lo oprime contra una pierna, y se aleja con paso menudo, balanceando las caderas, sin volver la cara, pero mirándose con el rabillo del ojo al pasar junto a un arroyo.

Un pingüino se detiene sorprendido, y cambiando de dirección, la sigue. Otros con quienes se cruza, se sienten atraídos por la novedad, y la siguen también. Pronto son diez, pronto son cien, pronto son mil, y todos, hombres, adolescentes y viejos, que antes pasaban indiferentes junto a las pingüinas desnudas, corren jadeantes tras la muchacha, mientras esta sigue tranquilamente su camino como si nada viese.

—Padre mío Maël —dice el tentador—. Mirad cómo andan todos con la nariz al viento hacia el centro esférico de la pingüina, porque lo ven cubierto de rosa. La esfera inspira las meditaciones de los geómetras por el número de sus propiedades; pero cuando procede de la naturaleza física y viva, adquiere nuevas cualidades. Para que el interés de esta esfera fuese plenamente revelado a los pingüinos, ha sido necesario que dejaran de contemplarla con los ojos, viéndose obligados a representársela con la imaginación. No hay para la mujer atractivo tan invencible, como el pudor y el traje. Yo mismo me siento conmovido.

Y el pecado perturba a los pobres pingüinos, que se miran tristes al desaparecer el dorso de la muchacha tras unas rocas, como si se hubiese ocultado el sol.

Todas las pasiones e instituciones humanas aparecen en la isla. El terreno empieza a ser amojonado, y los pingüinos batallan entre ellos, matándose a palos y pedradas.

—¿No ves, hijo mío —dice el triste San Maël al fraile tentador—, aquel furioso que arranca de un bocado la nariz a su adversario, y ese otro que aplasta la cabeza de una mujer con una piedra enorme?

—Lo veo —dice el monje—. Están creando el derecho y fundan la propiedad. Establecen los principios de la civilización, las bases sociales y los cimientos del Estado.

Un humilde pingüino, sudoroso y abrasado por el sol, riega sus lechugas. Llega otro más robusto, blandiendo un garrote.

—¡Tu campo es mío! —dice. Y tras estas palabras dominadoras, lo tiende a sus pies de un garrotazo, sobre la tierra desmontada y preparada a fuerza de sudores.

San Maël llora indignado por el crimen, pero su compañero se arrodilla ante el bárbaro y le besa la mano.

—Salud, príncipe temido, fundador de un poder legítimo y hereditario. El cráneo de este vil pingüino, al que venciste, al ser enterrado en el campo que conquistó tu fuerza, arraigará para siempre los sagrados derechos de tu posteridad. Salud, héroe; tus hijos serán reyes, y los hijos de tus hijos.

Y el maligno, con una serenidad imperturbable, se vuelve hacia el santo, consternado.

—Benedicid a este hombre, padre mío, porque todo poder en la tierra viene de Dios.

La historia de Alca, la isla de los pingüinos, se desarrolla poco más o menos como la de la humanidad. Los malhechores, fuertes y crueles, que salen a los

caminos para vivir a costa del trabajo ajeno, se convierten poco a poco en conductores de ejércitos y luego en reyes; los más listos inventan supersticiones y milagros para explotar a los crédulos, viendo al poco tiempo sus invenciones afirmadas y legalizadas por la tradición y la fe... ¿Cómo seguir a Anatolio France, en su irónico relato, de una serenidad desconcertante?... Los pingüinos tienen su Edad Media, su Renacimiento, su Revolución, lo mismo que la Europa que conocemos, y Alca, la capital, es semejante al París moderno. La historia ridícula del Gran Almirante de la Pingüina, es la historia del desdichado general Boulanger; el padre Agarie representa a los jesuitas trabajando por la destrucción de la República y el restablecimiento de los reyes, y el padre Cornemuse es el benedictino, fabricante de licores, la industria monacal, próspera en sus negocios, que da a regañadientes dinero para estas empresas.

A continuación relata los interminables incidentes del asunto Dreyfus, con un buen humor que ridiculiza para siempre este proceso de fama mundial. Dreyfus es Pyrot, acusado de haber robado al Estado ochenta mil fardos de forraje, «que nunca existieron», pero que fueron vendidos al Estado, sin existir, por los mismos que acusan a la víctima. Un escritor, Colombau (léase Zola), sale a la defensa del perseguido, con la confianza de los tímidos y los miopes, y empiezan las batallas, los golpes, las manifestaciones absurdas, el enmarañamiento de los hechos, hasta el punto de que todos aparecen locos.

Anatolio France no abandona la isla de los pingüinos a su suerte, cortando el relato en los tiempos actuales. Vidente como un profeta antiguo, nos anuncia el porvenir. La última parte del libro se titula: «Los tiempos futuros. La historia sin fin».

La capital de los pingüinos ha progresado monstruosamente. «Nunca —dice el autor— les parecía bastante a los pingüinos la elevación de las casas. Las hicieron de treinta y de cuarenta pisos, donde se apilaban oficinas, almacenes, despachos de banqueros, domicilios de sociedades, y excavaban el suelo para construir bódegas y túneles. Quince millones de hombres trabajaban en la ciudad gigante a la luz de los faros, encendidos noche y día...»

Esta civilización toca a su fin, aplastada por su propia grandeza. La suerte y la fortuna del mundo están en manos de unos cuantos multimillonarios que viven sin salud y sin alegría, artistas enfermos del dinero, esclavos de su opulencia. Surge la revolución: una revolución metódica, científica, misteriosa, que se vale del «radium» para hacer saltar las grandes construcciones y aniquilar las conquistas industriales que

oprimen a las muchedumbres. Los Estados se defienden con crueles represiones; corre la sangre; guerras monstruosas, con refinados aparatos de destrucción, exterminan una gran parte de la humanidad. En este conflicto desaparecen la industria y el comercio; la civilización abandona los lugares del globo que hasta entonces había preferido como más favorables; donde antes existían grandes ciudades solo quedan ruinas; luego ni esto, pues la soledad estéril y malsana lo nivela todo. Reina el desierto.

Corren los días como las ondas de un manantial: se amontonan los siglos. Los cazadores persiguen a las fieras sobre las colinas que cubren la ciudad olvidada; luego los pastores llevan a ellas sus ganados; después, el labrador rotura la tierra que cree virgen. Son hombres simples: una humanidad primitiva que no conoce la riqueza ni las artes. Una parra y un rosal son los grandes adornos de sus casas: una piel de oveja su vestido. El cabrero amasa torpes figurillas de barro: el labrador entona las primeras canciones ante las mujeres que hilan.

Pasan días y pasan siglos. Cuando ya existen pueblos y los campos son fecundos y se conoce la riqueza, llegan invasores bárbaros que saquean y queman. El país cambia de dueños con frecuencia. Los conquistadores, los fuertes, alzan castillos en las colinas para explotar a los débiles. Se multiplica el cultivo, se establecen talleres, ábrense caminos a través de los bosques y los ríos se cubren de barcos. Los pueblos ensanchan sus límites, aumentan el número de casas, se tocan, se confunden, y forman la ciudad protegida por fosos profundos y altas murallas. Más adelante, cuando es cabeza de una nación poderosa, la ciudad se siente oprimida por sus murallas ya inútiles y derribándolas se rodea de paseos floridos.

El autor vuelve al «leif-motiv» con que comenzó su relato.

«Nunca les parecía bastante la elevación de sus casas. Las hicieron de treinta y de cuarenta pisos donde se apilaban oficinas, almacenes, despachos de banqueros, domicilios de sociedades y excavaron el suelo para construir bodegas y túneles. Quince millones de hombres trabajaban en la ciudad gigante...»

Y aquí termina el relato.

No estoy conforme con «la historia sin fin», con este tejer y destejer y volver a tejer, en que sintetiza France la vida de la humanidad. Es la teoría de Nietzsche, de «el eterno recomenzamiento de las cosas», «la rueda» con que los budistas representan nuestra vida, siempre en movimiento y sin embargo siempre en los mismos puntos del espacio.

Al contemplar nuestra historia de cerca parece que así sea, pues los hechos se repiten con una desesperante monotonía. Nacen los pueblos, crecen, mueren, y nacen otros para ocupar su sitio, lo mismo que ocurre

entre los hombres. La historia se mueve dentro del mismo círculo, como la rueda budista, pero su movimiento tal vez es igual al de la tierra, de la que solo apreciamos la rotación por el curso del día.

La historia tiene, indudablemente, su movimiento de traslación. Gira la humanidad en el mismo círculo pasando de la noche al día y del día a la noche, pero al mismo tiempo marcha hacia adelante, como marcha nuestro globo, nadie sabe hacia dónde.

Caerán y desaparecerán París, Londres y otras grandes metrópolis del presente, como murieron Nínive, Babilonia, Memfis, etc., tan grandes como aquellas, y de las que no queda más que el recuerdo. Otras ciudades repetirán las mismas vicisitudes y la misma suerte de las actuales.

Pero el alma y el cerebro de ninivitas y babilonios, ¿eran idénticos a los nuestros?...

¿Serán iguales a nosotros, mental y moralmente, los vecinos de las grandes ciudades del porvenir?

Madrid, 22 noviembre 1908